



Unai Elorriaga

Nosotros no ahorcamos a nadie



Serie dirigida
por Edurne Portela

Títulos publicados:

El rey en la sombra, Maaza Mengiste

Luces de invierno, Irati Elorrieta

Una nueva tierra salvaje, Diane Cook

Sin tocar el suelo, Jokin Muñoz

UNAI ELORRIAGA

Nosotros
no ahorcamos a nadie

Prólogo de
Edurne Portela

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2023

© Unai Elorriaga, 2023
Según acuerdo con Literarische Agentur
Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am
Main, Alemania

© del prólogo: Edurne Portela, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 2100-2023
ISBN: 978-84-19392-28-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera parte

EL HÍGADO DE LOS FANTASMAS

Conozco a Soro Barturen desde que nadaba en la tripa de su madre. Nací un mes antes y nuestras madres pasearon juntas, con un niño en la barriga y otro en el coche. Desde entonces apenas nos hemos separado: reventamos ranas juntos, pantalones, rodillas, remos... Conocimos a nuestras mujeres en fechas similares y fuimos padres prácticamente a la vez.

Sin embargo, Soro marchó a Inglaterra a estudiar, mientras yo me hacía capitán aquí (marina mercante, por supuesto). Es la única ocasión en la que hemos estado separados, durante unos pocos años. Fue allí donde conoció a Pedro Iturria. Ambos son de aquí, Iturria y Barturen, se conocieron en euskera, pero eran completos desconocidos hasta llegar a Londres.

Soro Barturen acabó sus estudios, regresó y no volvió a ver a Pedro Iturria, que decidió quedarse. Estudió ingeniería, igual que Soro, igual que todos los extranjeros que estudiaron en aquella universidad, pero a Iturria le consumía otra obsesión, así me contó Soro, «casi una enfermedad». Me dijo: Iturria no era capaz de pasar un día sin escribir algo, a todas horas, pequeños textos, relatos, pasajes, ideas, de todo y cualquier cosa, le daba igual. Dice Soro que no malgastaba un minuto, cualquier lugar era bueno, cualquier momento. Dice que jamás ha visto tal obsesión por algo.

Pero es Soro quien se ha obsesionado ahora: se ha lanzado a buscar a Pedro Iturria por toda Europa, cuando está a punto de cumplir los ochenta años, después de pasar cincuenta sin saber nada de él. Por eso me ha pedido ayuda, por eso vamos ahora tras él y leemos sus relatos. Ha publicado poco,

en periódicos y revistas, y tratamos de reunirlo todo, lo poco que puede encontrarse. Son textos rebeldes, confusos, producen algún que otro dolor de cabeza, pero al cabo se agradecen, proporcionan incluso cierta alegría, tal y como este que sigue:

No son nuestros

Los fantasmas son enfermizos, están repletos de vicios, pero nadie se fija en ellos. ¿Para qué? ¿Qué es un fantasma hoy? No os fijéis en los fantasmas, fijaos en las casas, en esas, en las que están al final de la avenida.

Encontraréis perros, en esas casas quiero decir, pero también compran otro tipo de animales: iguanas, salamandras... Es su afición, manejan dinero. Tampoco son extrañas las épocas en las que les nacen hijos monstruos, niños que nunca salen de casa, a los que no se les permite salir. Los esconden en habitaciones, callan en el comedor, o los envían a Suiza, a las clínicas.

No, el párroco, Don Reo, vivía más aquí, más de esta parte, dicen que había nacido en esas casas, pero no es verdad. Sí, mientras Dios le mantuvo en este mundo, dijo misa en San Martín, soberbio y a voz en grito.

¿Y Maguregi? ¿No te acuerdas de Maguregi? ¿Margarita Maguregi? Ella sí que frecuentaba las casas, las últimas de la avenida, la única que entraba allí de todos nosotros. Margarita, eso es, la costurera, eso es, Margarita Maguregi. La madre de Gregorio, esa misma: Gregorio, Fernando, los hijos, Begoña y Joseba también, el más joven Joseba, cuatro tuvo. Margarita sí que pudo entrar a las casas, incluso a las más grandes. Tomar medidas, probar vestidos, hilvanados primero, segunda prueba, entró y salió más que nadie. Nosotros ni imaginábamos poder entrar.

Traían al mundo decenas de hijos en aquellas casas: cinco, seis, siete, más incluso. Once nacieron en la más cercana a la estación. Pero no todos eran sanos, había veces en las que les

nacían monstruos, era lo que nos contaba Margarita. Era ella quien cosía la ropa para las mujeres de la casa; De Loza se encargaba de los hombres. Madres, hijas, tías, abuelas eran cosa de Maguregi, por eso tantas horas allí, la única entre nosotros.

Dicen que en una de aquellas casas vivieron dos monstruos al mismo tiempo: tía y sobrina. Muy parecidas, la cara, la piel, todo. Dos monstruos en la misma casa, no era habitual. Pedían a Margarita, en días señalados, que vistiese a las dos de oro, vestidos, chaquetas, pañuelos de oro... Después celebraban una fiesta en honor a ellas, tres o cuatro veces al año, decía.

Sentaban a las monstruos en sendos tronos, vestidas de oro, coronadas, rodeadas de los animales de la casa. Traían palomas de Francia, de Bélgica, veinte palomas, más incluso, y las colocaban alrededor de las dos, encima de sus rodillas y brazos. Esparcían comida por los pliegues de los vestidos, se aseguraban así de que siempre hubiera palomas encima de ellas. Margarita hablaba de su música también, rusa por lo general. Servían tartas Saint Honoré, patrón de los panaderos, Honoré de Amiens. Las monstruos se daban palmadas contra los muslos, dejaban caer la saliva en sus escotes de oro, sobre las palomas; la baba se esparcía por los plumajes, encima de los picos.

Margarita Maguregi miraba a las monstruos con espanto, con ganas de vomitar, por mucho que todo aquello fuera habitual en la casa, de la misma manera que les parecía natural traer palomas de Bélgica o de Luxemburgo.

Con todo, Margarita Maguregi era muy querida, en esas casas quiero decir. No era difícil tener en consideración a Margarita, te acordarás: pequeña, cara redonda, tampoco era guapa, todo lo tenía pequeño, una mujer mínima. Lo extraño es que de esa mujer tan minúscula naciese Gregorio, también Fernando es grande; Joseba fue remero, con eso te digo todo. Y todos nacieron de esa pequeña mujer. Begoña es la única del tamaño de su madre.

La cosa es que querían a Margarita Maguregi en esas casas: buena costurera, hizo los vestidos de novia y de comunión, in-

cluso arreglos para las muertas. Es habitual que los muertos mermen, no les sienten bien las chaquetas, las sisas, hay que estrecharlas. Las muertas de la casa eran asunto de Margarita entonces; De Loza se encargaba de los muertos. Por eso querían a Margarita, pero había otras razones: enseñaba, por ejemplo, a coser a los niños monstruos. Apenas aprendían nada, se hacían sangre, echaban a perder las telas.

No en todas las casas había monstruos, pero incluso los que no lo eran se casaban entre sí, o se juntaban sin necesidad de casarse, incluso los sacerdotes, un obispo, todo muy sucio. Quiero decir que decían que sus fantasmas eran como para no enseñárselos a nadie.

Fue en una de esas casas donde le regalaron el broche a Margarita Maguregi, un alfiler, una señal de agradecimiento, un broche de oro, con alguna piedra. Margarita lo agradeció en el alma, pero no lo habían comprado para ella. El padre lo hizo comprar para la tercera hija, cuando empezó a caérsele el pelo a mechones, a la hija que estudiaba en Madrid, la que murió tres años después, se habló del hígado. No le gustó el broche a la niña, dijo que le daba asco. Parece que dijo «Cosas de vieja» y que lo lanzó contra una pared o contra el pecho del padre. «Broches de viejas a mí», «¿Qué soy yo, una vieja asquerosa?», «Regala eso a las sirvientas, a la cocinera». Acabaron regalándoselo a Margarita Maguregi.

Organizaron una ceremonia para la entrega del broche. Lo hicieron en uno de los salones, no en el más grande, pero con solemnidad. Reunieron allí a mucha familia: padre, madre, tres sirvientes, la cocinera, las hijas menores, niñas aún, una prima de la madre. Celebraron la entrega vestidos de calle, y Margarita no pudo ocultar su vergüenza, a sus cincuenta y cuatro años.

Fue la madre quien le clavó el broche en la pechera, en la solapa del abrigo quizá. El honor correspondía al padre, pero se echó atrás en el último momento, no fuera a considerarse indecoroso. Margarita pasó toda la ceremonia sudando, el calor en la casa siempre excesivo, mucho mayor del necesario, ventanas siempre cerradas.

La señora necesitó tres intentos para colocar debidamente el broche en la solapa de Margarita, algo se lo entorpecía, el alfiler no avanzaba. Le sudaban las manos, un pequeño temblor. Solo al tercer intento apareció el alfiler por el otro lado de la tela. La señora sonrió, también Margarita, una lágrima, el padre lanzó una bocanada de humo. Margarita Maguregi llegó a casa antes que nunca.

Se quitó la blusa nada más llegar a la cocina, necesitaba lavarla cuanto antes. Había cuatro líneas de sangre en ella, desde el pecho hasta la cintura: dos paralelas y otras dos formando una especie de triángulo. También vio cuatro puntos de sangre en la parte superior de la falda, incluso la ropa interior estaba manchada. La herida encima del pecho izquierdo le duró varias semanas y la cicatriz no desapareció nunca. Su hija fue la única que pudo ver la marca muchos años después, cuando preparó el cuerpo para el entierro. Dijo que le pareció que tenía forma de V invertida. El broche lo quiso vender su hijo Gregorio, pero Margarita no le dejó mientras vivió; decía que ella no había traído monstruos al mundo.

Gregorio, el hijo mayor de Margarita Maguregi, seguía fumando en pipa treinta años después de que muriera su madre, todavía jugaba en el frontón y había hecho mucho dinero. Había sido dueño de una empresa de 123 empleados, tenía tres hijos y algún negocio en Guinea Ecuatorial. Gregorio nunca habría pensado que su segundo hijo fuese capaz de ganar más dinero que él. Quién iba a imaginar que la fortuna del hijo llegase a multiplicar por veinte la del padre. Lo habían calculado alguna vez, con aquellas cifras tan difíciles de controlar, el mundo de la informática y Estados Unidos. Ganaba cantidades vergonzosas al día, todos los días.

El segundo hijo de Gregorio ganó todo ese dinero antes de casarse, pero mientras lo hacía, viajando de un lado a otro, manejaba una idea que le resultaba imposible evitar: una vez casado, volvería aquí, no quería vivir en Estados Unidos, en Zúrich o en Londres... Era lo habitual en su profesión: se casa-

ban lejos y compraban casas más lejos aún. Exactamente lo contrario de lo que imaginaba para él el hijo de Gregorio.

Recién casado, visitó con su mujer diecisiete casas, grandes, enormes, demasiado alejadas del centro quizá, y es que en el mismo pueblo no encontraban casas del tamaño que necesitaba. Quería una casa incontrolable, que en ningún momento supiera de cuántas habitaciones disponía, cuántos baños, cuántas cocinas.

El segundo hijo de Gregorio era pequeño, imagen de su abuela, Margarita Maguregi, pero no había llegado a conocerla demasiado, había muerto antes de que cumpliera los cuatro años. No sabía dónde había trabajado, por ejemplo. Su padre se lo explicó en una sobremesa: la casa que vais a ver mañana (...) al final de la avenida (...) hizo muchos trabajos para ellos, vestidos, de boda, de comunión (...) un broche le regalaron (...) cuántas veces le dije que lo vendiera; no quiso.

Así supo el hijo de Gregorio del broche, la casa, los trabajos de entonces. Padre e hijo imaginaron juntos entonces la cicatriz de Margarita Maguregi, una V invertida.

Vio la casa con su mujer al día siguiente: los jardines, los frutales, el mármol del exterior. El interior era aún más serio: visitaron tres salones –les dijeron que había dos más en el otro ala–, las habitaciones –les enseñaron siete, eran veintidós en total–, dos cocinas, balcones, escaleras interiores, exteriores...

El hijo de Gregorio llevó dos ayudantes para examinar la casa, trabajadores de sus empresas. Hablaron con su mujer principalmente, de espacios, dinero y grietas. La segunda cocina necesitaba varias reparaciones, pero les daba igual, estaba decidido.

El cuarto nieto de Margarita Maguregi imaginó allí a su abuela entonces, sangrando del pecho, sangre mezclada con sudor, con una cicatriz en forma de V invertida. No quiso seguir viendo la casa, las habitaciones del tercer piso, las buhardillas, todos los baños; visto uno, vistos todos. Estaba decidido, se lo dijeron a un ayudante, al otro, hicieron llamadas de teléfono, no parecía haber ningún problema.

Los papeles tardaron más de lo esperado, resquicios legales; pertenecía, al parecer, a varios dueños, diferentes ramas familiares. Tardaron en mudarse allí, incluso les dio tiempo a viajar por Europa, dos viajes a Estados Unidos. Pasaron cinco meses y medio desde que decidieron comprar la casa hasta que entraron a vivir. Se mudaron el 27 de octubre a la casa donde Margarita Maguregi trabajó, sangró y acabó con una V invertida encima del pecho izquierdo.

Revisaron la casa poco a poco durante los primeros días: un balcón al socaire que reservaron para desayunar; un baño de baldosas naranjas, que decidieron no utilizar. Descubrieron incluso un huerto interior al lado de una de las cocinas. Se mantenía gracias a unas lámparas programadas, a un sistema de irrigación: crecían allí lechugas, perejil, algún tomate, todo ello dentro de la casa, todo excesivamente húmedo y cálido.

Necesitaron días para ver toda la vivienda, para descubrir hasta la última baldosa. Lo hicieron despacio, recreándose, el hijo de Gregorio sobre todo, quería adivinar el salón en el que habían impuesto el broche a su abuela. Sospechaba que iba a percibirlo nada más poner el pie allí, sin que nadie se lo dijese, intuiría la sangre, el sudor.

Al tercer día entraron en una de las habitaciones que no habían visto aún. Era amplia, exageradamente amplia, más incluso que alguno de los salones, techos altos y pocas ventanas. Las camas se encontraban muy lejos de la puerta, parecían dos, oscuras, grisáceas. La mujer del hijo de Gregorio sintió que había algo encima de ellas, algo que no discernía bien desde la entrada.

Comenzaron a acercarse, apenas quedaban muebles, se habían llevado la mayoría, se intuía que en otro tiempo había estado repleta. Veían una única silla ahora, al lado de una de las camas, un espejo y dos alfombras. Cuando llegaron a unos tres pasos de las camas, la mujer dio un pequeño salto hacia la izquierda, agarró la chaqueta de su marido y le hincó ligeramente las uñas en las lumbares.

Había dos cuerpos encima de las camas, uno más largo que el otro. Eran dos mujeres y parecían tranquilas. Una de ellas

mostraba un gesto similar a una sonrisa, pero ambas apoyaban las manos en la misma posición, cruzadas en el regazo. Tenían la piel prácticamente hundida en las mejillas, seca, limpia.

—Estos muertos no son nuestros.

Dijo el cuarto nieto de Margarita Maguregi, segundo hijo de Gregorio Barturen.